

Nitsir

Zorobabel Galt



Capítulo 1

+10000 antes de Cristo.

Veo una pradera verde, pequeña, como una franja de tierra entre un lago de profundas aguas verde cristalinas y un bosque casi negro. Veo a un grupo de niños jugando, bajo el sol de la mañana, cantando, gritando y riendo, mientras se persiguen y alborotan. Hay niños y niñas, menores de diez años, vestidos con sencillas indumentarias de pieles que sus madres y abuelas les hicieron, cocidos con tiritas de cuero de animales. Veo a uno de los niños separarse un poco del grupo, alejándose en dirección hacia el bosque, primero bordeando el lago y luego dándole la espalda y acercándose a la sombra profusa de los grandes árboles. La imagen tiene algo de la primera escena de la película *El señor de los anillos*, cuando los hermanos hobbits se pelean por el anillo recién encontrado en el río y Caín mata a Abel. De la misma manera, hay algo paradisíaco y primitivo en esta escena en la que los niños juegan despreocupados al borde del bosque. Una niña no muy mayor es la encargada de vigilarlos y cuidarlos, pero ahora está envuelta en una persecución de los niños más pequeños que se alejan de ella y la esquivan para no dejarse atrapar entre risas. El niño que se aparta del grupo está absorto en una noble tarea: construir una presa para el Señor Marmota, que no se lo ha pedido pero él sabe que la necesita. Ha logrado juntar un bonito montón de ramitas al borde del lago, pero necesita ramas más grandes y más fuertes, que sostengan adecuadamente la estructura, y por ello zigzaguea hacia el bosque mirando atentamente el suelo, eligiendo y desechando los troncos que descubre a su paso. Por fin, justo donde empiezan las raíces de los árboles que se elevan infinitos hasta el cielo, justo donde empieza el bosque, tropieza con un tronquito formidable, medio oculto entre unos arbustos, excelente para la morada del Señor Marmota. El niño sonrío satisfecho, el rostro se le ilumina mientras canturrea una canción de cuna que una de sus diez abuelas suele cantarle algunas noches: *Baila, baila luna blanca, la canción que cantan las estrellitas más lejanas. Baila, baila, blanca luna, señora de la noche poderosa*. El niño ignora si "poderosa" se refiere a la noche o a la luna, y no es algo que le quite el sueño. De cuclillas frente a los arbustos venenosos, lo cual él felizmente ignora (no tiene más de cinco años), el niño estudia seriamente el estado del tronco, moviéndolo con un poco de esfuerzo y una ramita que también ha usado a manera de bastón, para descubrir que en realidad está medio podrido y es el habitáculo de un sinfín de insectos, lombrices, babosas y arañas peludas de largas patas. El niño no tiene miedo, pero frunce el seño un tanto desencantado por el estado de aquel tronquito, evaluando las posibilidades de que sirva para sus propósitos arquitectónicos, rudimentarios pero bienintencionados y que, está seguro, serán muy bien recibidos y muy apreciados por el Señor Marmota. No se lo ha contado a nadie, ni siquiera a Tatita, una de sus cincuenta hermanas de la tribu, la que hoy le corresponde cuidarlo y ahora está debajo de veinte niños que

la han pillado y juegan a sofocarla para que ya no los persiga, no se lo ha contado ni siquiera a ella, pero esa noche ha soñado que Señor Marmota lo visitaba en sueños, un castor enorme y bonachón, con una sonrisa radiante que se dejaba ver detrás de una enorme pipa merlinesca (o gandalefca), que mordía mientras echaba humo como la tienda del jefe y le decía, le pedía o le exigía, ya no recordaba bien, que ese día sin falta le construyera una presa, una casita en el agua, cerquita de la orilla, para que él pudiera pasar allí el invierno. Nitsir, que así se llama el niño, casi lo había olvidado cuando despertó y cuando Tatita lo ayudó a asearse y le sirvió el desayuno (leche caliente de cabra, queso, dulce de guayabas y pan recién horneado) junto con los demás niños de la tribu, pero cuando les dijeron que irían esa mañana a jugar junto al lago, Nitsir recordó que tenía algo importantísimo que hacer allí y, después de hacer un esfuerzo para recordar qué sería, la imagen del sueño, el Señor Marmota, le vino a la mente y ya no lo dejó en paz: tenía que construir una presa para él, o al menos intentarlo, y estaba dispuesto a hacerlo.

Un empujón más con la varita movió el tronco lo suficiente para que los insectos huyeran despavoridos del gigante Nitsir, azote de las plagas de aquella comarca. Las lombrices lo hicieron con más lentitud, por lo que el niño hubo de ayudarlas a alejarse con su ramita, la misma que usó para limpiar de todo bicho que representara algún peligro para su tranquilidad, dejando el tronco libre y asegurándose de ello después de darle varias vueltas y atraerlo con la misma ramita hacia sí. Tan absorto estaba en su labor que no se percató del enorme hombre negro que apoyado en uno de los árboles más cercanos lo observaba con fascinación. De haberlo visto, Nitsir habría pegado un grito. El hombre era a todas luces forastero, incluso nómada, muy alto, muy fuerte, y casi invisible en la sombra de los árboles. Vestía de manera extravagante una ropa de tela negra con muchos bolsillos y correas, hebillas y cinturones cruzados, inusual en aquellos parajes en los que todos los que Nitsir conocía vestían ropas sencillas hechas de pieles. Una especie de mochila descansaba a sus pies y otras bolsas colgaban de sus hombros, junto a un par de cuchillos. La empuñadura de una espada enorme se dejaba ver a sus espaldas. El hombre estaba recostado en uno de los árboles y sonreía divertido observando a Nitsir mientras mordía una ramita. Nitsir estaba a punto de meter su bracito bajo los arbustos para jalar aquel tronco que lo tenía obsesionado. Con apenas rozar aquellas hojas le hubiera salido un sarpullido muy molesto que lo habría hecho rascarse, unos minutos después estaría volando de fiebre y en menos de una hora lo llorarían por haber abandonado su cuerpecito cada vez más frío y más rígido, como un cascarón desechable. Se habría ido al mundo de los vientos, adonde suelen ir más seguido los viejos y los que sufren accidentes, o a los que cazan los animales grandes. Nitsir no sabía nada de eso, y sin embargo no se decidía a meter la mano en aquella sombra oscura donde aguardaba el tronco del Señor Marmota. En su mentecita regañó al Señor Marmota por

encomendarle a alguien tan pequeño como él una tarea semejante.

—Déjame ayudarte, pequeño —dijo una voz profunda al lado suyo que sin embargo le agradó mucho a Nitsir. El hombre que le hablaba era muy grande, casi un gigante, negro como el carbón y con una sonrisa blanquísima que impresionó muchísimo a Nitsir—. Mientras, detén mi agua —continuó el negro tendiéndole un odrecito de los que en su tribu también usaban para llevar agua—, puedes beber si quieres.

De pronto, Nitsir se dio cuenta que tenía mucha sed, ya casi era el mediodía y desde la mañana temprano, cuando salieron del campamento, no había bebido agua. El negro quitó el tapón de madera del odre para que el niño pudiera beber y lo hizo como si no tuviera mucha importancia. Luego, mientras Nitsir bebía, metió la mano y asió el tronco sin hacer caso a los arbustos que lo arañaron ni a los insectos que todavía pretendían conservar aquel pedazo de madera.

—¡Nitsir! —Tabita corría como loca hacia ellos, con los ojos desorbitados. El niño leyó el miedo en el rostro de su hermana y se sobresaltó—. ¡Aléjate de él!

El negro se incorporó lentamente, levantando las manos en un gesto de paz y dio un paso al costado alejándose del niño. Tatita llegó junto a él y lo cargó en sus brazos protegiéndolo y regresando inmediatamente junto al grupo. Nitsir le tendió el odre al negro quien con dos enormes zancadas y una enorme sonrisa lo recuperó, lo volvió a tapar y se lo colgó en su cintura. Mientras Tatita lo alejaba, Nitsir pudo ver como el hombre aquel dejaba el tronco del Señor Marmota a buena distancia de los arbustos donde antes estaba y le guiñaba un ojo al niño antes de volverle la espalda y desaparecer en la oscuridad del bosque.

Tabita lo regañó durante todo el camino de regreso al campamento. Los demás niños los seguían en silencio. Tabita lo cargaba y Nitsir podía sentir como la muchacha temblaba cuando sollozaba, y no dejó de sollozar hasta que llegaron al campamento. Tabita lo sentó sobre una pila de leña mientras le explicaba a una de las treinta madres lo que había sucedido (en su tribu, Nitsir compartía con los demás niños las hermanas, las madres y las abuelas, todas ellas podían regañarlo o consentirlo cuando quisieran; los hombres no solían inmiscuirse con la educación de los niños hasta que estos cumplían doce años y pasaban a ser parte de los adultos guerreros por medio de un arduo y muchas veces mortífero entrenamiento). La madre que oía lo que Tabita le contaba le lanzaba miradas furibundas y preocupadas a Nitsir. Esa noche se iría a la cama regañado y probablemente sin cenar. Y todo por hacerle caso al Señor Marmota, que no podía construirse una presa a sí mismo y tenía que meterlo a él en problemas. Nitsir se sabía inocente pero al mismo tiempo entendía la preocupación de los adultos aunque no tenía una idea cabal del peligro al que se había expuesto. Qué remedio, se dormiría con el

estómago vacío.

La madre lo regañó duramente y le dio un par de bofetadas que le arrancaron algunas lágrimas a Nitsir. Pero se dio cuenta que estaba más preocupada que enojada, porque luego lo abrazó, le dio un pan dulce con nata y un cuenco de leche tibia mientras le acariciaba los cabellos. Tabita se quedó con él, abrazándolo y cantándole mientras Madre iba a la tienda del jefe y solicitaba una audiencia con él a los centinelas que velaban en la entrada. El jefe salió a recibirla y la escuchó atentamente mientras Madre le contaba lo que Tabita le había contado primero. Ambos miraban a Nitsir desde la distancia y Madre gesticulaba mucho mientras el jefe fumaba y asentía con seriedad. Aquel sería el último día de su tribu. Y nadie lo sabía aún.

Los hombres de la tribu volvieron al atardecer. Habían salido a cazar y a recolectar frutos y vegetales para el consumo de los suyos, algunos también habían pescado en alguno de los ríos que había alrededor del campamento. Volvieron cargando animales como jabalíes, cabras monteses, alces o venados, y alguno que otro zorro, muy apreciado por sus pieles. Otros traían pescados de todos los tamaños con los que amenazaban golpear a los niños que se les acercaban, jugando con ellos. Otros cargaban costales de pieles repletos de frutas silvestres, bien conocidas por ellos, que iban repartiendo a los niños mientras avanzaban al centro del campamento, donde estaba una suerte de tótem, justo frente a la tienda del jefe. El jefe en cuestión los estaba esperando respaldado por dos de sus centinelas, que lanzas en mano hacía guardia a sus espaldas frente a la tienda. Los hombres fueron dejando los víveres junto al tótem, para que sean bendecidos por la divinidad que ellos reconocían, y para que las mujeres escogerán, limpiaran y empezaran a cocinar lo más provechoso, y luego se dirigieron a donde estaba el jefe para saludarlo. Los líderes y los más valientes de los exploradores (había algunos jovencitos entre los exploradores que fueron devueltos a las madres para que ayudasen en la preparación de la cena mientras los guerreros mayores conversaban con el jefe) fueron invitados a la gran tienda de la divinidad, una suerte de templo de piel, que estaba al lado de la tienda del jefe, para ser informados por el mismo jefe de un acontecimiento de no escasa importancia: el avistamiento de un extraño. Una vez instalados en la gran tienda, y repartido el tabaco y el licor de piedra que solían tomar, fue convocada Tabita, quien relató lo que había subido a orillas del lago con Nitsir y el extraño. Ella no había visto cuando el forastero le dio a beber algo al niño, así que de eso nada se dijo. Los hombres fumaron y meditaron en el relato de la niña, los más exaltados propusieron una expedición para buscar al forastero (la ubicación del campamento era un secreto que sabía a ciencia cierta que debía ser guardado a cualquier precio); otros propusieron el levantamiento y movilización inmediata del campamento para evitar cualquier tragedia; otros el estado permanente de alerta a partir de ese momento, con reforzamiento de las guardias y de los centinelas. El jefe los escuchó a

todos asintiendo y comentado cada una de las propuestas. Finalmente se decidió redoblar las guardias, incrementar el número de centinelas (poniendo atalayas en los cerros cercanos), y planear el traslado del campamento para los días siguientes, cuanto antes mejor. Se decidió también no enviar ninguna expedición de exploradores para no mermar el número de los guerreros ante un posible ataque. La reunión concluyó con más pipas y más humo, más licor de piedra y un recuento de las provisiones que habían traído y con las que contaban en las tiendas para darse una idea de cuántos días podían viajar sin poner en peligro a las mujeres y a los niños.

(05/2019)